

LOS 'RUNAWAYS'

CADA minuto que pasa en los Estados Unidos, tres jóvenes —entre los doce y los diecisiete años— se escapan de su hogar. Los «runaways», término que allí se utiliza para designar a estos chicos o chicas, es un hecho social con unos diez años de historia y que representa el 5 por 100 de la población juvenil de esa edad en USA. Se ha comprobado que el mayor índice de fugados coincidió con el suceso del movimiento «hippy». Sin embargo, no se puede asegurar que fueran las ideas «hippies» la causa principal que motivaba que muchos jóvenes norteamericanos huyeran de su casa. En todo caso, las ideas que éstos pregonaban contribuyeron a que bastantes jóvenes, descontentos con su vida familiar y escolar, descubrieran un camino a seguir que, sin duda, creían podía dar un nuevo sentido a su existencia.

Escaparse, casi una norma

El hecho es que la existencia de los «runaways» es anterior a los «hippies». Es cierto que siempre ha habido algún que otro joven que se ha fugado de su hogar. No obstante, desde un punto de vista sociológico, los casos aislados —si bien deben tenerse en cuenta a la hora de cualquier estudio— cobran poca importancia delante de una cuestión cuya magnitud social parece salirse de la excepción para convertirse en una cierta norma. Así, podemos observar el inicio de los «runaways» a primeros de la década de los sesenta. Y, geográficamente, en USA.

Que los «runaways» aparecieran precisamente en los Estados Unidos, en el seno de la sociedad más desarrollada tecnológicamente del mundo, y que no proliferaran —al menos con un índice tan elevado— en otros países de estructura político-económica igual y que siguen la misma senda de «desarrollo», puede ayudarnos a comprender el porqué de este hecho social, que se ha convertido en un problema para muchas familias americanas y que, sin duda, parece poner en causa —de alguna manera— al mismo sistema capitalista cuando éste alcanza un determinado nivel.

Así, pues, podemos situar a los «runaways», como hecho social, dentro de las coordenadas de un sistema político económico determinado: capitalismo (no se conoce el caso, como hecho social, en ningún país socialista), en una etapa del desarrollo de ese sistema y a un grado equis de la alteración de las funciones social, económica y cultural de la familia. La relación de estos factores, que juntamente con la escuela moldean la

personalidad de los jóvenes de una forma determinada, es la que puede explicar por qué no existen los «runaways» —como hecho social— en España, por ejemplo, o por qué esta cuestión, en los países europeos cuyas potencialidades económicas y condiciones de vida son similares, no puede compararse en tantos por ciento a la de USA.

Más chicas «runaways»

El número de «runaways» en los Estados Unidos se eleva a un millón al año, siendo el porcentaje de chicas mayor que el de chicos. Las jóvenes norteamericanas, como todas sus congéneres, también tienen más sujeción que los chicos en las familias americanas. El año

anterior sólo fueron localizados por la policía 168.000 «runaways», lo que representa un 16,8 por 100 del total. Cabe decir que algunos regresan a su hogar antes de las dos semanas.

La edad media de los «runaways» varía notablemente entre unos Estados y otros, y entre las grandes urbes y las poblaciones pequeñas. Así, por ejemplo, en Nueva York, donde se cifran unos 20.000 «runaways», el 43 por 100 de los localizados en lo que va de año, tenían entre los once y los catorce años. Y en San Francisco, el promedio de edad de los 2.500 «runaways» era de unos quince años, edad que se da como media nacional.

Alguien podrá pensar que los «runaways» sólo surgen en las ciudades. Y no es así. Pleasanton es una bonita población («residential area» para «commuters» de clase media acomodada) que se halla a 50 kilómetros de San Francisco y cuya población para el presente año se estima en 30.750 habitantes. Es un pueblo tranquilo y de clima benigno, con casitas unifamiliares con jardín y donde, aparentemente, nunca pasa nada. Sin embargo, en 1972, 157 jóvenes —de quince a diecisiete años— escaparon de su hogar, a un promedio de uno cada dos o tres días. Hasta primeros de septiembre de este año, el número de «runaways» era de 86, de los cuales 55 eran chicas y 31 chicos.

Abundancia o miseria

La experiencia ha mostrado que los «runaways» aparecen en una etapa del capitalismo avanzado y dentro de familias más o menos acomodadas. Es decir, son los chicos y chicas que se escapan de un hogar bien alimentado, en todos los sentidos: los hijos de la burguesía que se benefician de la abundancia de una sociedad mal repartida. Los hijos de familias proletarias, más que fugarse de su hogar, lo que a veces sucede es que lo abandonan para procurar salir de la escasez, por medios al margen de la Ley, o para intentar trepar por la escala social. De todos modos, los jóvenes proletarios, obligados por la necesidad apremiante que el sistema capitalista impone a sus familias, deben integrarse al mundo del trabajo cuando todavía son adolescentes. Esta es una de las características que los diferencia considerablemente de los jóvenes cuyo alimento, educación y vestido están asegurados hasta su mayoría de edad. Huir de la miseria o huir de la abundancia —por emplear dos términos corrientes— son cuestiones muy dispares que merecen análisis distintos.

¿Por qué huyen algunos jóvenes de hogares en los que, al parecer, nada les falta? Es una pregunta difícil de contestar, es un asunto bastante complejo. Sin embargo, algu-

UN MILLÓN DE JOVENES NORTEAMERICANOS SE ESCAPAN CADA AÑO DE SU HOGAR

Podemos situar a los «runaways» como hecho social dentro de las coordenadas de un sistema político determinado: el capitalismo. Es una etapa del desarrollo de ese sistema y en un cierto grado de la alteración de las funciones social, económica y cultural de la familia...





El número de «runaways» en los Estados Unidos llega al millón anual. El porcentaje de chicas es mayor que el de varones. La edad media del «runaway» varía mucho. El 43 por 100 de los localizados últimamente tenían entre once y catorce años...

J. L. GOMEZ MOMPART

nos aspectos de la familia media americana —con las particularidades que el «American way of life» les imprime—, las presiones de la escuela y el nivel de vida en USA, puedan esbozarnos una panorámica que nos acerque a comprender algunas de las motivaciones que hacen a tantos chicos y chicas norteamericanos convertirse en «runaways».

En busca de algo más

Las estructuras de comportamiento del hombre cambian en la medi-

da en que cambia su situación. Quiere esto decir, según la tesis de Abraham Maslow, que «los seres humanos comienzan a dirigirse hacia la autorrealización en cuanto sus necesidades básicas de comida, ropa y vivienda son satisfechas». Entendiendo por autorrealización, creatividad en la forma de vida. No obstante, no todos los hombres en las condiciones que Maslow parece poner como previas, se encaminan hacia la autorrealización. Para ello, parece necesario un cierto grado de «desalienación», una toma de conciencia de los me-

canismos que el «establishment» utiliza para contener al hombre alienado. O, en su defecto, una considerable falta de interés por las «satisfacciones» que el sistema nos ofrece. En definitiva, se trata de la renuncia consciente (aquí no sólo entra lo reflexivo, sino lo instintivo también) de todo o parte de aquello que el capitalismo avanzado puede entregar a sus ciudadanos a cambio de que acaten las normas establecidas a todos los niveles.

La novela, el teatro y el cine americano contienen muchos ejemplos de inadaptados al sistema que

acaban marginándose. No me refiero al sobado «conflicto generacional». La pretendida lucha entre viejos y jóvenes es una engañifa de los teóricos defensores del mismo sistema. Es demasiado simplista creer que los viejos y los jóvenes no pueden entenderse por su diferencia de edad, como es estúpido decir que los jóvenes son revolucionarios y los viejos reaccionarios por la misma razón. El conflicto verdadero está entre dos formas —entre muchas— de ver y actuar en la vida, independientemente de su edad; si bien es cierto que las condiciones sociales, económicas y culturales de cualquier generación con respecto a su anterior siempre la coloca, en principio, en una situación más aventajada ante cualquier cambio innovador.

Para los jóvenes y viejos que creen a pies juntillas en el sistema establecido, para los «squares» (los buenos burgueses), siempre les resulta difícilísimo comprender qué quieren los que no están de acuerdo y casi imposible entender cuando los que optan por otra forma de vida —como los «hippies», o se escapan de su hogar —como los «runaways», poseen todo lo que para ellos es suficiente. Y la incompreensión es justificada, porque los fieles a la sociedad de consumo intuyen como principales deseos del hombre la consecución de más y más bienes materiales, y apenas conciben el instinto de desear un alto nivel de creatividad y espontaneidad en todos los actos de la vida, por ejemplo. ¿Cómo puede entender otra forma de vida distinta a la suya alguien que viviendo su represión «libremente» como su propia vida desea lo que supone que debe desear y hasta a menudo se siente feliz? Del mismo modo que, ¿cómo puede entender la aventura alguien que le aterra la inseguridad?

Así, pues, los «runaways» podríamos incluirlos en su mayoría dentro de este grupo de seres humanos que teniendo satisfechas las necesidades básicas y deseos de dirigirse hacia la autorrealización, no acaban de identificarse con las «recompensas» que el sistema les presenta. Los «runaways» pertenecen a la generación más joven, que ha sido criada en una economía de abundancia, y que se escapa —a tenor de las respuestas que muchos de los localizados han dado— en busca de caminos que le conduzcan al desarrollo de la personalidad, aunque sólo sea para conseguir por sí mismos lo que sus padres ya tienen. Los «runaways» se esfuerzan en dar una forma personal a su vida que al parecer no pueden encontrar en el seno de su familia. Bastantes «runaways» han dicho que habían abandonado a su familia porque querían eliminar las reglas, los valores tradicionales, el estilo de vida oficial, tanto del hogar como de la escuela. Casi todos

LOS 'RUNAWAYS'

suelen coincidir en algo: su hastío a la monotonía de la vida familiar americana, donde todos los actos —incluso los sentimentales— se repiten de una manera mecánica.

La primacía de la formación

En los países más desarrollados económicamente —y USA es la vanguardia en este terreno—, los padres pasan menos horas junto a sus hijos, principalmente porque muchas madres trabajan, porque no suele reunirse la familia al mediodía y porque cada uno de los miembros de ella tiene mayor independencia (tres aspectos apenas perceptibles en España). Esto hace que los niños de esos países absorban la autoridad y la conducta establecida especialmente a través de la guardería, la maternal, el parvulario y la escuela; es decir, todos aquellos centros encargados del cuidado, asistencia y educación de los niños cuyas madres no pueden ocuparse de ellos. Pero debe destacarse que la influencia que en la sociedad de consumo tienen los «mass-media» sobre los niños —además de los mayores— es incomparable con las enseñanzas que éstos reciben a través de la escuela y de la familia. En la sociedad industrial son los medios de comunicación de masas los verdaderos difusores de los valores requeridos por el sistema y a ellos se debe su principal fijación en la mente de los pequeños.

El niño americano pasa más horas en contacto con el televisor, con los «comics», la radio y el cine que con su familia o con la escuela. La primacía de la formación de los hijos ha pasado en los Estados Unidos, en menos de un siglo, de la familia a la escuela, y de ésta a los «mass-media». Los padres americanos ya no pueden competir ni con la escuela ni mucho menos con «los persuasores ocultos» («the hidden persuaders») que dirigen los medios masivos bajo control y supervisión de los poderes económicos y políticos. De este modo, los «mass-media» pueden adoctrinar hasta el extremo de crear una conciencia y personalidad uniformes a millones de individuos, que si bien esto no indica la desaparición de clases, sí demuestra cómo son compartidas las necesidades y satisfacciones que sirven para preservar el «establishment».

Sin embargo, y aunque desde el punto de vista de transmisión de valores los «mass-media» tengan la primacía sobre la escuela, ésta sigue representando para los alumnos la disciplina. La escuela americana es mucho más tradicional que la de algunos países europeos. Las nuevas corrientes pedagógicas, algunas de las cuales dan unos aires más progresistas a los cen-

tros educativos, son experimentadas más en Europa que en América. Lo importante en la escuela americana —como en casi todo de su sistema— es la efectividad. Y en esto, las escuelas americanas son un modelo, un sorprendente ejemplo de lo efectivas que resultan para el «establishment». Las interesantes experiencias de la escuela inglesa de Summer Hill, sobre las que se centraba la abolición de la autoridad del profesor, están muy alejadas del tipo de educación que suele funcionar en los centros americanos.

El sistema que rige en las escuelas americanas, perfectamente ordenado, mantiene la autoridad en las relaciones entre profesores y alumnos como pilar básico de la educación. El profesor, al igual que el médico, es una figura por la que los americanos sienten un gran respeto. Los alumnos inquietos, los que no son «dóciles» de «adestrar» como los educadores desean, o se rebelan abiertamente contra la jerarquía escolar, o calladamente soportan las presiones que para ellos representa la escuela. Algunos alumnos americanos, como en todas partes, tienen problemas en la escuela: con sus compañeros, con los profesores, con su «rendimiento académico», etcétera. La escuela acaba siendo para ellos una pesada carga, ir a la escuela es ir a sufrir. Para estos muchachos, la escuela puede llegar a convertirse en algo odioso. Cuando estos problemas se agudizan, porque repercuten en la vida familiar de estos alumnos o porque se suman a los problemas que ya tienen en el seno familiar, algunos chicos y chicas deciden convertirse en «runaways». Se ha comprobado que el mes cuya frecuencia de escapados es notablemente superior corresponde a octubre.

El «taking-off»

Muchos jóvenes americanos han crecido entre la escuela y la familia descritas y dentro de un nivel de vida propio del sistema americano. Donde el alimento, vestido y caprichos los han obtenido sin ningún esfuerzo, donde apenas había falta de nada material —al contrario de sus padres—, porque todo lo tenían —les gustara o no—; donde el «American way of life» no era algo forjado por ellos mismos, sino una herencia simplemente; donde los estímulos fuertes, las aventuras, la fantasía, la espontaneidad —la creatividad, en una palabra—, habían sido sepultadas para dar paso al consumismo más alienante, donde la violencia, la productividad y la competencia son el abecé del «american style», y donde ya intuyen el futuro que les espera: ni más ni menos que lo mismo que han tenido y vivido desde que nacieron.

En definitiva, para muchos jóvenes norteamericanos, las perspectivas que vislumbran no tienen ninguna novedad y escasos alicientes. Por ello, los jóvenes que se sienten insatisfechos —consligo mismos, con su escuela, con su familia, con su sociedad— prueban el «taking-off», la escapada en busca de un contenido y un sentido de vida que pueda llenarles más de lo que cotidianamente dicen que soportan —a veces, esta fuga queda reducida a los efectos de las drogas—. Seguir en la familia y en la escuela conduce a todo lo que ya saben; la huida puede ser en principio la entrada al mundo de la aventura, de la fantasía, de la espontaneidad, de la creatividad, o de la frustración y el desespero. Se van rumbo a las sensaciones desconocidas, donde sea y con quien sea posible sentirlo todo «groovy», sensacional, magnífico, estupendo, diferente... Otros muchos también se van porque quieren probarse a sí mismos y a su familia que son capaces de vivir ellos solos.

En esa sociedad de despilfarro tan sutilmente establecida, donde hasta es posible practicar una cierta marginación sin que por ello se desmorone el «establishment», demostrando una vez más las libertades personales que son toleradas dentro del marco de la opresión general, viven ese millón de jóvenes americanos cuya esperanza parece encontrarse al margen de la desesperanza que para ellos representa seguir el camino marcado por sus padres. Ese millón de chicos y chicas entran —por unos días, unos meses o definitivamente— a engrosar las filas del «movement» que forma esa «sociedad paralela» en la que cada cual trata de liberarse de las garras de la sociedad oficial. Es la escapada del sistema opresor y absurdo. Milos Forman, en su divertido film «Taking-off», supo captar a los «runaways» dentro de esa sociedad que desde todos los ángulos parece mal enfocada, sin tomar partido ni por ellos ni por sus familias.

En «Taking-off», de Forman, cuya versión española fue traducida demagógicamente como «Juventud sin esperanza», cuando debía haberse titulado «Sociedad sin esperanza» de no traducirse literalmente la expresión anglosajona, aparece la típica familia yanqui —claro exponente del «American way life»—, cuyos padres se debaten en la inquietud, la desaprobación y la incompreensión de una hija «runaway», que pulula entre bandas que viven de una semi mendicidad, de la música o del artesanado, sin saber exactamente la misma chica por qué ha escapado de su hogar y sin tener tampoco claro qué anda buscando.

Los unos y los otros —en este caso, padres e hijos— viven de distinta forma, pero todos ellos apresados por el mismo sistema, dentro de una misma jaula social. Es imposible escapar del sistema sin que éste haya cambiado.

«USA is different»

Para que las escapadas del hogar se puedan realizar es preciso que se den unas ciertas condiciones que, juntamente con las descritas anteriormente, propician la situación más favorable para que las intenciones de fugarse se conviertan en realidad tangible. Estas condiciones, que, como veremos, se cumplen en los Estados Unidos, y que no siempre se dan —por lo menos en su totalidad— en los otros países desarrollados económicamente, explican en buena parte por qué el índice de «runaways» fuera de USA es todavía relativamente pequeño. No es que bastantes jóvenes alemanes —por ejemplo— no puedan sentir deseos de escapar de su casa, sino que la falta de ciertas condiciones merma posibilidades a los «runaways» en potencia.

USA es un país lo suficientemente grande y con un tipo de vida muy particular, especialmente en las grandes ciudades, para que alguien que huye —sin que los múltiples vigilantes del sistema (Policía, FBI, CIA, etcétera) tengan mucho interés en él— pueda pasar inadvertido. Hay que tener en cuenta la diversidad de legislaciones de cada Estado, la falta de coordinación de los profesionales del orden en cada uno de ellos, la inexistencia de un sistema de identificación de ámbito nacional, los muchos inmigrantes, al variedad de razas de su población y las mil y una formas de vida, que tal vez sólo se den en Norteamérica.

Un «runaway» puede cruzar USA en menos de una semana con escasos dólares y sin dejar huella de su paso. En este caso, su medio de desplazamiento será el automóvil, mediante el «auto-stop». El «hitch-hiking» para los jóvenes es bastante fácil en los Estados Unidos, sin embargo, cada día resulta más peligroso para los chicos y chicas —principalmente para éstas— viajar de esta manera. Ya han sido bastantes las violaciones y crímenes que han sorprendido a los jóvenes «travellers». Algunas de las veintitantas víctimas del maníaco de Houston durante el pasado verano eran «runaways».

Tanto en las grandes ciudades de la costa Este u Oeste americana existen infinidad de comunas de jóvenes que viven relativamente marginados al sistema, y don-

de el espíritu de camaradería que suele respirarse en ellas permite a los «runaways» ser acogidos algunas veces. Gracias a estas comunidades, o a la existencia de algún amigo suyo y de unos cuantos dólares que siempre llevan consigo, los «runaways» afrontan momentáneamente las necesidades de subsistencia y alojamiento.

Cuando el dinero se les acaba, la solución se halla en los trabajos de «part time». Los empleos esporádicos y a horas (fregar platos, lavar coches, limpiar apartamentos o yates, pasear perros, hacer de «baby sitter», posar como modelo, tocar la guitarra o cantar en un café, vender periódicos, repartir paquetes, etcétera) se consiguen fácilmente, y con ellos se pueden ganar de tres a cuatro dólares por hora. Con las escasas necesidades que suelen vivir los jóvenes que integran esa «sociedad paralela», y mediante la ayuda mutua que unos a otros practican, por lo general, con un par de horas que trabajen al día hay más que suficiente, o trabajando un día una larga jornada se gana suficiente dinero, que puede alcanzar para toda una semana.

Prevenir o curar

De momento, los «runaways» son un hecho social con la etiqueta «made in USA». No obstante, no se puede decir que este fenómeno vaya a ser como una plaga que acabará extendiéndose a otros países, sino que, de no producirse un cambio realmente profundo en nuestro sistema social, político y económico, los países que de momento seguimos los pasos que parece marcar USA vamos irremediablemente al encuentro de los «runaways».

Casi todos los intentos que en Estados Unidos se han efectuado para resolver este hecho social, problemático para las familias y para el mismo «establishment», han resultado ineficaces. Los padres de los «runaways», que se agrupan en asociaciones creadas al caso —como lo muestra la película «Taking-off»— y con la finalidad de entender las causas que han llevado a sus hijos a escaparse del hogar y de coordinar todas las acciones para dar con el paradero de ellos, así como la propuesta de una acción legislativa federal que está estudiando el Congreso, no han podido frenar el índice de los «runaways», que sigue creciendo. El cáncer que parece padecer la sociedad americana sólo puede extirparse de raíz; todas las tentativas que no vayan en esa línea servirán solamente para retardar ese fatal desenlace que podemos presagiar todos los que estamos navegando en esta barcaza del capitalismo. ■

J. L. G. M.

